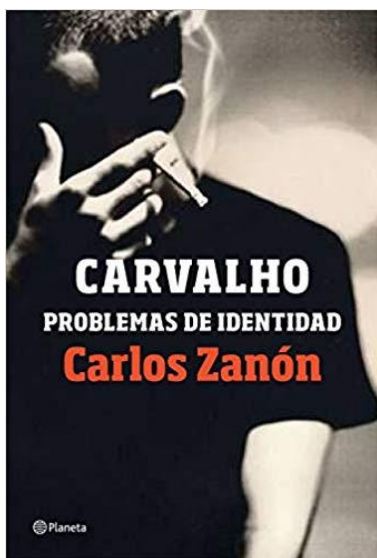


Carlos Zanón, *Carvalho: problemas de identidad*. Barcelona: Planeta, 2019, ISBN: 9788408201489, por MARI PAZ BALIBREA



Carlos Zanón se enfrentaba a no pequeño reto aceptando encargarse de la resurrección de Pepe Carvalho. No solo por la suplantación de autoría que ello exige, sino también porque parte de la intervención que Vázquez Montalbán en su día se propuso en un género, el detectivesco, que como todos está lleno de pautas a seguir y a considerar ignorar, fue atenerse a la condición humana de su protagonista. Fiel a su promesa, la serie Carvalho, en sus 25 volúmenes, fue constatando la trayectoria de envejecimiento del detective, el paso de su tiempo vital. El trayecto culminó en lo que hasta ahora se nos presentaba en *Milenio*, la última y póstuma entrega firmada por Vázquez

Montalbán, como una decrepitud física y mental, una renuncia del mundo incompatible con su oficio (el de detective y el de vivir) y resuelta en su dócil y aliviada aceptación de ingreso en la cárcel al final del volumen. No era una sorpresa para sus lectores. Vázquez Montalbán había decidido acabar con el personaje, y había premeditación de años y alevosía en el intento. Carvalho había venido cultivando su desencanto del mundo y lamentando su declive físico en sucesivas entregas novelísticas. Quién sabe si el autor se habría arrepentido y cambiado de opinión en algún momento, pues su trágica muerte coincidió con la publicación de *Milenio*, reforzando con ello aún más el estigma de inapelable pena capital contra el detective.

El brazo ejecutor, léase leyes del mercado, de un, en este caso, complaciente dios capitalista apropiadamente llamado Planeta, ha venido a salvarle. La industria editorial, que históricamente adoptó la serialidad y la fórmula genérica en la ficción como mecanismos para extender y explotar *sine die* los beneficios de un personaje en una estructura narrativa cuando arraigan en el gusto del público consumidor, ha decretado su indulto. Pero lo único que eso explica es que se han dado las condiciones económicas y de negocio para esa resurrección. Que con ese barro

imprescindible se moldee una encarnación creíble y deseable de Carvalho depende de la capacidad artística de su nuevo artífice. La jugada era de riesgo, pero el nuevo autor ha salido airoso con creces. *Carvalho, problemas de identidad* ofrece una vuelta de Carvalho capaz de ilusionar al lector *connaisseur*, tanto de la obra de Vázquez Montalbán como al sociológicamente más joven del propio Zanón. La novela cumple satisfactoriamente tanto las convenciones del género como las pautadas durante casi treinta años por la serie Carvalho: una incógnita por despejar -quién es el asesino- que requiere interpretar pistas y una sagaz comprensión de la psique masculina y misógina, demostrando una vez más la competencia profesional de Carvalho para resolver misterios; la ambientación urbana -Barcelona, pero también Madrid- teñida de urbanismo crítico; la ternura contenida para con los desheredados de la tierra desmintiendo una visión nihilista del mundo; el lúcido comentario sociopolítico, convenientemente actualizado -independentismo catalán, Trump-; los ágiles diálogos -el *wisecrack*-, que contribuyen a recrearnos un contexto satisfactorio, que es el de Vázquez Montalbán, pero también el que trae de su propia obra Zanón; un entorno social carvalhiano convincentemente poblado por Biscúter, Charo, referencias a Bromuro, junto a nuevas adquisiciones perfectamente coherentes con su mundo: la nueva generación Briongos, e incluso un nuevo amigo, el abogado Subirats, para sustituir al gestor Fuster como compañero de comilonas y confidencias en Vallvidrera; y, por supuesto, cocinar y quemar libros.

Pero, sobre todo, Zanón nos ha restituido una identidad reconocible de Carvalho. De sus bien conocidas amargura y desencanto, de su solidaridad con los más débiles siguen surgiendo los momentos más poéticos del libro. Sintonizar con esa nota poética que emana del cinismo triste carvalhiano es un gran mérito de Zanón. Con ello no solo demuestra éste que conoce el imaginario sentimental y cultural de Carvalho al dedillo porque es buen lector del Vázquez Montalbán escritor de novela negra, sino también del poeta. Ese cruce de ambos géneros es un territorio literario que comparten y en el que Zanón, aún cuando le invoca, es capaz de superar a su modelo. Especial mención merecen aquí el monólogo interior y la corriente de conciencia, técnicas narrativas cultivadas por Montalbán con maestría, pero no particularmente en la serie Carvalho, y que en *Carvalho, señas de identidad* se encuentran entre sus más conseguidos hallazgos.

En busca de la plausibilidad imprescindible para dar oxígeno a su proyecto, Zanón ha tenido el acierto de incorporar a Vázquez Montalbán mismo como personaje. Montalbán gana con ello en ficcionalidad en

proporción directa a la que Carvalho gana en realidad. El resultado es una horizontalidad entre ambos que, al colocar en el mismo plano ficticio a autor y a personaje, destrona a Vázquez Montalbán, con nuestra benévola complicidad, de su posición demiúrgica. En su lugar aparece un señor escritor, El Escritor, fallecido en Bangkok, que se empeñó durante un tiempo, con bastante éxito, en basar uno de sus personajes en el detective “real” Pepe Carvalho que ahora, libre de ese acoso, reflexiona sobre cómo le condicionó esa relación, y sobre cómo le condiciona ahora su ausencia. Problemas de identidad, lógicas narrativas para seguir viviendo. La otra estrategia que Zanón emplea con éxito para insuflar vida en el detective es la de enamorarle, una gran novedad. Ahí había dejado Vázquez Montalbán mucho espacio por ocupar. Su Carvalho había jugado con las reglas más machistas del género planteando la figura del detective como un lobo solitario que define su masculinidad haciendo ostentación de que considera la afectividad como una debilidad mortal. Y aunque uno de sus aciertos es hacernos atisbar hasta qué punto el personaje tiene que reprimir sus sentimientos para estar a la altura del modelo, sus relaciones afectivo-sexuales, incluyendo la que mantiene con la (ex)prostituta Charo, son de carácter sádico hacia las mujeres. La razón por la que el Carvalho abiertamente enamorado de Zanón no desmiente, sino que añade complejidad, al original es que la otra cara del sadismo es siempre el masoquismo. De lo que se trata en ambos casos es de obstruir -para los personajes, para quien lee-, el goce pleno y despreocupado del romance, y de derivar placer de esa obstrucción. Zanón, pues, consigue ese mismo efecto construyendo en su novela al objeto del deseo de Carvalho como un anhelo perpetuamente insatisfecho y postpuesto. La culpable, una *femme fatale* por él llamada Mi Novia Zombie, personaje siempre a punto de emprender la huida al que Carvalho se pasa la novela persiguiendo sin éxito en busca de un encuentro reconciliador.

Al final -no hay sorpresas aquí- el (anti)-héroe sigue solo, pero lejos de estar acabado. Le encontramos en la última página agarrado a la vida por su olfato de sabueso -la fuente de todos sus éxitos-, asqueado del mundo pero sin haber perdido el deseo. Y con su deseo se ha despertado también el de los lectores quienes, para recuperarle tal como se nos presenta en esta novela, estamos dispuestos a hacer acto de fe, olvidando la caducidad, humana, demasiado humana, que su primer autor le había impuesto. Este Carvalho está vivo y pidiendo más páginas en las que seguir deleitándonos.